

DUNGEONS  
& DRAGONS  
REINOS OLVIDADOS®

# R.A. SALVATORE

LA VENGANZA DEL ENANO DE HIERRO

EL CÓDICE DE LOS COMPAÑEROS, LIBRO 3

timunmas



LA VENGANZA DEL  
ENANO DE HIERRO  
EL CÓDICE  
DE LOS COMPAÑEROS

LIBRO  
III

R. A. SALVATORE

timun**mas**

Título original: *Vengeance of the Iron Dwarf*  
© Traducción de José Elías Álamo Gómez, 2018  
Ilustración de cubierta de Tyler Jacobson

Primera edición: enero de 2018

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas, lugares o hechos reales es pura coincidencia.

Dungeons & Dragons, D&D, Wizards of the Coast, Forgotten Realms, el símbolo del dragón y el resto de nombres de productos de Wizards of the Coast, junto con sus respectivos logos, son marcas registradas de Wizards of the Coast LLC. en EEUU y otros países. Todos los personajes así como su imagen distintiva son propiedad de Wizards of the Coast LLC. Está prohibida cualquier reproducción o uso no autorizado del material o las ilustraciones incluidas en esta obra sin el permiso previo y por escrito de Wizards of the Coast LLC. Todos los derechos reservados.

© Wizards of the Coast LLC., 2015  
Todos los derechos reservados  
Bajo licencia de Hasbro

Derechos exclusivos de la edición en lengua castellana:

© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.  
[www.timunmas.com](http://www.timunmas.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-450-0500-2  
Depósito legal: B. 28.743-2017  
Preimpresión: pleka sco  
Impreso en España por Egedsa

Wizards of the Coast LLC,  
P. O. Box 707  
Renton, WA 98057-0707, EE. UU.



EE. UU. y Canadá: (800) 324-6496  
o (425) 204-8069  
Europa: +32(0) 70 233 277

*Para más información se puede consultar la página web [www.dungeonsanddragons.com](http://www.dungeonsanddragons.com)*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# PRIMERA PARTE



## EL INVIERNO DEL ENANO DE HIERRO

Perdido de nuevo.

Se ha convertido en una pesadilla recurrente, tanto entre mis antiguos amigos, como entre los nuevos compañeros con los que he compartido camino en tiempos recientes. ¡Han sido tantas las ocasiones en las que nos hemos encontrado en situaciones desesperadas! Convertidos en estatuas de piedra; capturados por un poderoso hechicero; apresados por los drow... ¡Y hemos estado muertos durante cien años!

Y a pesar de todo ello, aquí estamos de nuevo. A veces creo que los dioses nos observan de cerca e intervienen de continuo en nuestros destinos.

O quizá nos observan, pero su única intención es divertirse a nuestra costa.

Y ahora nos encontramos sumidos en la desesperación una vez más. Regis y Wulfgar están perdidos en los túneles de la Antípoda Oscura Superior. Aún recuerdo el ominoso ruido del muro cuando se cerró tras nuestros amigos. Pudimos oír la caída de Regis, una caída larga. Los orcos prefieren las trampas que sirven para capturar presas vivas.

Sin embargo, eso no es motivo de esperanza, considerando lo que suelen hacer los orcos con sus prisioneros.

Durante los primeros días de nuestro retorno, convencí al rey Connerad de que reforzase la guardia de los túneles inferiores, y de que me permitiese ir más allá de las zonas seguras alrededor de Mithril Hall para explorar las áreas controladas por los orcos. Bruenor quiso acompañarme, pero en la Antípoda Oscura viajo mejor solo. Catti-brie me suplicó que no abandonase la ciudadela de los enanos, y me aseguró que ella saldría a buscar a nuestros amigos con la ayuda de su magia.

Pero no podía quedarme sentado en Mithril Hall, cuando sus gritos de auxilio todavía me resuenan en los oídos. Sufro una pesadilla recurrente en la que mis queridos amigos luchan por alcanzar los túneles inferiores, aún

controlados por los enanos, y para ello han de atravesar lugares donde un halfling y un humano no son bienvenidos. Perdidos en pasadizos tortuosos, acosados sin cuartel, los contemplo en mi mente luchando con valor y sin esperanza, para acabar huyendo por donde han llegado, perseguidos por los orcos y sus lanzas letales, hasta que se pierden en la oscuridad.

Si creo que ellos están ahí fuera, ¿cómo puedo quedarme tras estos muros de hierro?

No niego que hay mucho que hacer en la ciudadela. Hay que encontrar la manera de romper el cerco de los orcos y hacer retroceder a los ejércitos enemigos, o la Marca Argéntea estará perdida. El mal asola las tierras de la superficie...

Tenemos mucho que hacer.

Nesme ha caído.

Tenemos mucho que hacer.

Las otras ciudadelas de los enanos están cercadas.

Tenemos mucho que hacer.

Los túneles que unen Adbar, Felbarr y Mithril Hall están amenazados.

Tenemos mucho que hacer.

Y ha transcurrido mucho tiempo sin noticias. Un silencio fatídico. Hicimos el viaje de ida y vuelta a la Ciudadela Felbarr y desde entonces han transcurrido muchas semanas, y seguimos sin saber nada de Wulfgar y Regis.

Me pregunto si seguirán ocultos en los túneles sombríos, o estarán presos en una mazmorra de los orcos. ¿Gritan de impotencia y dolor, suplicando que sus amigos acudan a rescatarlos? ¿O sus súplicas son para que la muerte los acoja lo antes posible?

¿O acaso ya han sido silenciados para siempre?

Lo razonable sería aceptar su muerte con resignación, pero la experiencia me dice que no pierda la esperanza, que hay motivos para no perder la fe en ellos.

Sin embargo, no es más que eso: una esperanza.

La lógica dice que encontraron la muerte al final de su caída, o en una celda orca. Y aunque no sea así, si su caída los condujo a un lugar libre de orcos y drow, han pasado demasiadas semanas sin tener noticias de ellos. No están adaptados a la Antípoda Oscura. Con todas sus increíbles habilidades, temo que en ese sombrío lugar, en estos tiempos tan oscuros, es improbable Wulfgar y Regis hayan conseguido sobrevivir.

Mantengo la esperanza, sí; pero también me preparo para lo peor.

Y aunque parezca extraño, pensar así me da tranquilidad. No porque oculte mi pena tras una esperanza vana. Si han caído, sé que habrán tenido una buena muerte.

Y eso es a lo máximo que cualquiera de nosotros puede aspirar. Existe un antiguo dicho drow, uno que oí muchas veces en mi juventud en boca de la Madre Matrona Baenre: «*qu'ella bondel*», que traducido significa «tiempo regalado» o «tiempo prestado». La madre matrona era vieja, más vieja que nadie, más vieja que cualquier drow del que se tenga noticia en nuestra historia. Por lógica, debería haber muerto hacía mucho tiempo, siglos antes de que Bruenor le hendiera la cabeza de un hachazo, por lo tanto estaba viviendo *qu'ella bondel*.

Mis compañeros, que regresaron a la vida en el bosque mágico de Iru-ladoon merced a su acuerdo con Mielikki, viven *qu'ella bondel*. Y ellos son conscientes de lo que ocurre. Hemos hablado sobre ello.

Y todos los aceptamos.

Si Wulfgar y Regis no vuelven con nosotros, si se han marchado para siempre, y Catti-brie nos ha dicho que Mielikki no interferirá más en nuestros asuntos, entonces lo aceptaré. Me pesará el corazón, pero no se me romperá. Recibimos un regalo grandioso, todos nosotros. Al saludarnos una vez más, asumimos que también tendríamos que despedirnos de nuevo.

Y aun así...

¿Sentiría lo mismo si fuese Catti-brie la que se hubiera perdido en la Antípoda Oscura?

DRIZZT DO'URDEN

# CAPÍTULO 1



## DUQUE TIAGO

Hartusk refunfuñaba mientras caminaba a través de la espesa nieve, que seguía cayendo con profusión. Aurbangras, su dragón, disfrutaba revolcándose en la nieve como si fuese un gatito. Para el poderoso dragón, la llegada de las nieves anunciaba el invierno, la estación preferida por los dragones blancos de aliento de escarcha.

La ventisca se abatía sobre toda la Marca Argétea, y la nieve se acumulaba alrededor de la Fortaleza de Hartusk, la antigua Sundabar, y lo cubría todo, tanto en el Valle del Guardián como el Valle del Frío, enterrando las puertas en superficie de las ciudadelas de los enanos y aislando a los humanos en el interior de sus ciudades.

También detenía los ataques contra Luna Plateada, cuyas murallas se mantenían intactas. E impedía cualquier intento de marchar contra Everlund. Sin embargo, Hartusk estaba empeñado en atacar Everlund, a pesar de las ventiscas, y los gigantes de la escarcha, a los que no afectaba el invierno, estaban listos para marchar. Pero los drow estaban en contra de sus planes y, de hecho, le habían prohibido cualquier acción en ese sentido.

El implacable Hartusk había seguido adelante con sus planes, a pesar de la advertencia de los drow. Pero se había llevado una desagradable sorpresa cuando Rolloki, un coloso de seis metros, líder de los gigantes de la escarcha, y el supuesto hermano mayor de Thrym, su dios, retiró su apoyo a la campaña militar a través de las nieves.

Rolloki, al igual que Beorjan y Rugmark, los otros gigantes que afirmaban estar emparentados con Thrym, siempre se ponían del lado de los drow en cualquier decisión. A causa de la condición cuasi divina de los hermanos gigantes, Fimmel Orelson, Jarl de Brillalbo y líder de las legiones de los gigantes de la escarcha, siempre se sometía a las decisiones de los tres hermanos.

Así que todo estaba en manos de los drow.

Los gruñidos de Hartusk fueron cobrando fuerza conforme se aproxi-

maba a las puertas destrozadas de Nesme. Los gigantes aguardaban de pie a ambos lados de la entrada, y en lo alto de la muralla, se habían alineado los orcos para presenciar su llegada y la magnífica montura alada que lo había transportado desde la Fortaleza Hartusk, en el este.

En cuanto advirtieron su llegada, los gigantes se pusieron firmes, lo que contribuyó a aliviar en algo el pésimo humor del señor de la guerra.

Hartusk pasó entre los colosos, ignorando los vítores que le dedicaron desde las torres en la muralla, y se dirigió hacia los guerreros que esperaban en el patio de armas para darle la bienvenida.

Un orco apareció frente a él en cuanto cruzó la entrada a la ciudad.

—¿Puedo anunciar tu gloriosa presencia, Señor de la Guerra, al duque Tiago? —preguntó el guarda.

Hartusk se detuvo en seco y miró al otro fijamente, un ejemplar formidable y que, a juzgar por su armadura, debía ser un oficial de alto rango de la guarnición de Nesme.

—¿A quién? —preguntó Hartusk.

—Al duque Ti... —La voz del orco se vio cortada de cuajo cuando Hartusk lo agarró por la garganta y lo obligó a ponerse de puntillas.

—¿Duque? —se mofó Hartusk.

El orco movió los labios como si quisiera contestar, pero la tremenda presión de la mano que le aferraba la garganta no le permitió proferir un solo sonido.

El señor de la guerra levantó la mirada hacia el resto de orcos presentes.

—¿Duque? —repitió, con un desprecio que dejó muy claro lo ridículo que le parecía el título que se atribuía Tiago. Sin aparente esfuerzo, arrojó al orco medio asfixiado al suelo.

—¿Crees que necesito que alguien me anuncie? —preguntó Hartusk a su víctima en el suelo. El orco meneó la cabeza con tanta fuerza que sus labios se agitaron como dotados de vida propia.

Hartusk soltó un gruñido y echó a caminar hacia delante. Las filas de guerreros le abrieron paso sin vacilar. Ignorando a los orcos que hacían guardia ante la entrada del gran edificio donde Tiago y la otra drow habían establecido su cuartel general, Hartusk abrió la puerta de golpe.

Todos los que se encontraban en el vestíbulo y la pequeña estancia que había más allá, tanto orcos como drow, se sorprendieron al reconocer al recién llegado. Le abrieron paso sin vacilar, y la mayoría de los orcos cayó de rodillas ante la presencia de su glorioso líder.

Las dos drow que guardaban las puertas que daban paso a la siguiente cámara, también se apartaron. Una de ellas hizo intención de abrir la puerta, pero se apartó ante el ímpetu del orco, que la abrió de un violento empujón.



Hartusk pasó a la estancia que el duque Tiago Do'Urden de Nesme utilizaba como sala de audiencias. Los allí presentes se volvieron hacia él, con excepción de los cinco drow que se encontraban en el otro extremo de la larga y estrecha sala. Allí estaba Tiago, sentado, con una pierna sobre el brazo de su silla de madera. A su lado se sentaba la sacerdotisa Saribel, su esposa. Con ellos estaban la mujer medio drow y medio elfa lunar, que atendía a la sacerdotisa, y el padre de la primera, que cojeaba y ofrecía un aspecto lamentable.

Hartusk reparó también en la presencia de Ravel, y entre los drow, el mago era el que menos confianza le inspiraba.

El enorme orco se quedó en la entrada, para que todo el mundo admirase su esplendor. Tampoco dejó de mirar con fijeza al otro lado de la estancia, a los cinco nobles drow que ejecutaban los deseos de Menzoberranzan en la Marca Argéntea.

Al señor de la guerra orco no le sorprendía encontrarlos allí reunidos. Le había ordenado a Tiago que evitase reunirse con sus pares durante la tregua invernal, cuando era probable que el enemigo, desesperado y peligroso, buscase dar un golpe de efecto desde sus ciudades y ciudadelas asediadas. Pero el drow había ignorado las órdenes del orco, como era de esperar.

Hartusk echó a caminar con lentitud, satisfecho al comprobar que tanto los elfos oscuros como los orcos se echaban a un lado.

—Señor de la Guerra, es bueno volver a verte —dijo Tiago, aunque a oídos de Hartusk la bienvenida no sonó sincera—. Coge una jarra. ¡Mejor aún, un barril! Bebamos juntos en esta larga noche invernal.

—Y disfruta de cuantos placeres desees —añadió Saribel; «la duquesa Saribel», pensó Hartusk, aunque no había oído a nadie dirigirse a ella con ese título.

—¿Dónde está tu dragón, drow? —preguntó el orco.

—Donde le corresponde —respondió Tiago—. En el lugar al que le he mandado, y que desde luego, no es de tu incumbencia.

El feroz orco entrecerró sus ojos amarillos inyectados en sangre.

—Conserva la calma, Señor de la Guerra —le dijo Tiago.

—¿Te burlas de mí? —preguntó el orco. La tensión se adueñó de todos los presentes, y los orcos y los drow se vigilaron mutuamente, por si se producía un desenlace violento.

—Vaya, sí que parece irritado —comentó Ravel Xorlarrin con calma. El mago se desplazó hasta colocarse tras Tiago, con la mirada fija en el orco.

—Sólo se aburre —replicó Tiago—. ¡Quiere sangre! —El drow se puso de pie de un salto—. ¿Verdad, Hartusk?

Avanzó hacia el orco hasta colocarse a apenas un palmo del otro.

—¿Es el invierno lo que te inquieta y hastía, Señor de la Guerra? —pre-

guntó Tiago. Esbozó una sonrisa maliciosa. Sus acompañantes también sonrieron ante el comentario, excepto la pequeña elfa de superficie. Hartusk advirtió su semblante fruncido y que no apartaba la mano de la empuñadura de su espléndida espada. Parecía siempre lista para el combate.

Hartusk adivinó que la actitud de la elfa era la única forma que tenía de sobrevivir en el traicionero nido de víboras en el que se desenvolvía. También era consciente de que los orcos necesitaban el apoyo de los drow. Habían sido clave en su acceso al trono, en detrimento de los hijos de Obould, y con toda probabilidad, estaban detrás de la muerte del rey Obould.

Obould no habría conducido a los orcos de Muchas Flechas a la guerra. Los drow, por el contrario, buscaban el conflicto, al igual que Hartusk, y así fue como su unión quedó sellada por la sangre.

La sangre de Obould.

Eso no era óbice para que el señor de la guerra de Muchas Flechas odiase con todas sus fuerzas a los demonios de piel oscura. A todos y cada uno de ellos.

Fijó su mirada implacable en la joven medio elfa medio drow, desafiándola como haría un perro con otro. El orco no parpadeó y tampoco lo hizo ella, aunque aferró la espada con más fuerza.

Hartusk sonrió, una mueca más lasciva que alegre. Y los otros drow advirtieron el gesto.

—Ah, un romance incipiente —repuso el mago Ravel.

—¡Es un *iblith*! —exclamó Saribel, empleando la palabra drow para despojo, una expresión que Hartusk conocía.

—¡Ella es *darthiir*! —replicó Ravel, empleando la expresión con la que los drow se referían a los elfos de superficie y que era un insulto mucho peor que el de *iblith*.

Los elfos oscuros irrumpieron en carcajadas, burlándose de Doum'wielle. Hasta el padre de la *darthiir* se unió a las risas, aunque Hartusk percibió cierta incomodidad en el gesto de Tos'un.

—Arauthator debería volar al lado de su hijo, arrojando rocas sobre Luna Plateada —dijo Hartusk, apartando la mirada de Doum'wielle—. Los esbirros de Alustriel lo están pasando mal en su madriguera. ¡Hagamos que lo pasen peor!

—Una maniobra inútil que sólo servirá para que los muchos magos de Luna Plateada alivien su aburrimiento —respondió Tiago.

—¡Los aplastaremos!

—¡No! ¡Qué se aburran! —replicó de inmediato Tiago, ante lo que Hartusk entrecerró los ojos y emitió un grave gruñido—. Luna Plateada no es Nesme, ni siquiera Sundabar, Señor de la Guerra. Es una ciudad repleta de magos. Ya arrojamos rocas sobre la ciudad, ¿lo has olvidado?

El orco ni siquiera parpadeó.

—Y sus magos lanzaron conjuros que las hicieron caer al suelo antes de que pudiesen causar daño alguno —siguió Tiago—. Los dos estábamos ahí, tú con Aurbangras y yo sobre mi dragón. Y sabes muy bien lo que pasó.

—Lancemos las rocas de noche, la oscuridad nos ocultará —arguyó Hartusk—. Los magos no verán nada hasta...

—No podemos montar a los dragones por la noche —le cortó Tiago con una carcajada burlona, y los ojos del orco brillaron encolerizados—. La piel de un drow, o de un orco, no resiste el frío de la noche invernal a esa altura.

—¡Ordena a los dragones que vuelen solos! —rugió Hartusk.

Tiago se reclinó en su asiento y cruzó los dedos ante el rostro. Contempló al obstinado orco a través del abanico que formaban sus manos.

—Dejadnos —ordenó en voz baja a Saribel y los otros—. Que se vayan todos.

—No te corresponde despachar a mis guardias... Duque de Nesme —avisó Hartusk, pronunciando el título de Tiago con desprecio.

—Muy bien, que se queden si es ése tu deseo —replicó Tiago con una risotada.

Los drow y Doum'wuelle se marcharon junto a un par de gigantes y varios orcos y goblins. Hartusk no apartó la mirada de Tiago, aunque acabó por hacerles un gesto a los orcos que formaban su séquito personal, para se marchasen. Tos'un cerró la puerta tras el último de ellos.

—Haríamos bien en no exigir tanto a los dragones —comentó Tiago cuando se quedaron a solas. Sin embargo, ambos eran conscientes de que el mago drow habría formulado un hechizo para estar al tanto de la conversación.

—Deberíamos saquear Luna Plateada e ir contra Everlund.

Tiago soltó otra de sus irritantes carcajadas.

—Te aseguro que me encantaría, pero te advierto que no se puede abusar de un dragón. Araithator es más viejo que cualquiera de los que participan en esta campaña y su nombre de la Antigua Muerte Blanca no es vano.

—Se le llamó para que nos sirviera —insistió el orco.

—Y ahí es donde te equivocas —replicó Tiago—. Araithator no está al servicio de nadie, ni al de los orcos de Muchas Flechas, ni al de los gigantes de Brillalbo, ni al de los drow de Menzoberranzan. Es un dragón, anciano, enorme y letal.

—Tu mago lo trajo a nuestro lado —insistió Hartusk.

—¿Mi mago? —preguntó Tiago con gravedad, y Hartusk apretó la mandíbula.

—El anciano de tu ciudad.

—Gromph, sí. Es cierto. Es más viejo que Arauthator y, con toda probabilidad, el único que podría derrotarlo en un combate. Pero Gromph no está aquí, Señor de la Guerra. Está en casa, en la Ciudad de las Arañas y allí es donde se va a quedar.

—Llámalo —insistió Hartusk.

—No, mejor no —replicó Tiago—. Si le pidiésemos a Gromph que se impusiera al dragón, que lo amenace si es preciso, él tomaría la decisión más sencilla y acabaría con nuestras vidas sin vacilar.

Hartusk volvió a gruñir.

—Deja que los dragones disfruten de su recreo invernal —le aconsejó Tiago—. ¡Paciencia, mi buen Señor de la Guerra!

—¡Maldita sea esta espera!

—Paciencia —insistió Tiago—. Nuestros enemigos no irán a ninguna parte, a no ser que intenten romper los cercos que rodean sus ciudades y ciudadelas. Los graneros de Sundabar están en nuestras manos, contamos con una línea de abastecimiento que llega hasta la ciudad drow de Q'Xorlarrin y podemos recorrer nuestros dominios y cazar a nuestro antojo. El invierno es apenas un contratiempo para nosotros, pero para nuestros enemigos... ¡Ah, Señor de la Guerra, para nuestros enemigos son tiempos de racionamiento y miseria! ¿No es eso lo que nos importa?

—Luna Plateada está llena de magos y sacerdotes —le recordó Hartusk.

—Cierto. Luna Plateada pasará un invierno agradable. Y Everlund también, sin duda. Pero los enanos, Señor de la Guerra, enterrados en sus agujeros...

—¡Siempre pasan el invierno bajo tierra! ¿Qué estupidez es ésta?

—Sí, pero durante el invierno comercian con Luna Plateada y Sundabar —explicó Tiago—. ¡Y hemos bloqueado sus rutas comerciales! Mi gente recorre los túneles, por no hablar de los orcos y los goblins. Los enanos siempre han prosperado con el comercio, pero ahora no pueden comerciar. Los enanos saben dónde encontrar provisiones en la Antípoda Oscura, pero ahora no pueden campar a sus anchas. No disfrutarán del invierno, te lo garantizo. Cuando comience el año 1485, y recrudezca el invierno en los meses de Martillo y Alturiak, los rugidos de sus estómagos sonarán con más fuerza que los martillos en sus forjas.

—Tu gente lo ha previsto todo.

—Es nuestra costumbre.

—Pero los enanos son más duros de lo que crees.

—No cuestiono su ingenio y determinación —repuso Tiago, con una sonrisa cómplice—. Pero ni siquiera un enano come piedras, mi amigo orco.

Deja que se mustien y mueran en sus agujeros. Quizá devoren a sus muertos cuando empiecen a caer los más viejos y los más jóvenes.

—Eso suena muy bien.

—También es posible que intenten romper su encierro. Tienes que entender, amigo mío, que si cae una de las fortalezas de los enanos, las otras dos se encontrarán en una situación aún más desesperada. Adbar fabrica armas, Felbarr es la que une a las otras dos, y Mithril Hall... —Hizo una pausa y fue su turno de gruñir, aunque se pareció más al ronroneo de un gato a punto de abalanzarse sobre un ratón de campo.

—¿Qué ocurre con Mithril Hall?

—Ése es el premio —contestó Tiago, y no dijo más.

---

Tiago no sentía el mínimo interés por la guerra de Hartusk. La Madre Matrona Quenthel ya había hecho volver a Menzoberranzan a algunos de los drow de mayor relevancia. Gromph estaba en casa, al igual que Tsabrak, que se había reunido con la Madre Matrona Zeerith Xorlarrin en su ciudad al oeste. Tiago sabía que a él y al resto de los Do'Urden no les quedaba mucho tiempo en la superficie. Pero estaba decidido a que ese tiempo bastara para poder ser testigo del final de Drizzt, el renegado que había huido a Mithril Hall junto con sus patéticos amigos del maldito Mundo Superior. Tiago le obligaría a salir, emplearía todos los recursos a su disposición: goblins, gigantes, dragones, drow. Lo que fuese necesario para derribar las puertas de Mithril Hall.

—Paciencia —le repitió al señor de la guerra orco, pero de hecho era su paciencia la que se estaba agotando.

---

—Ojalá Tiago le cortase la cabeza a ese imbécil de una vez por todas —dijo Ravel Xorlarrin a Saribel, Tos'un y Doum'wielle tras abandonar la sala de audiencias y reunirse en otra estancia adyacente.

—Tiago hará lo que le ordenen desde Menzoberranzan —replicó Saribel a su hermano en un tono serio—, y dudo que eso incluya decapitar al líder del ejército que la Madre Matrona Quenthel ha puesto a nuestra disposición.

Tanto Tos'un como Ravel lanzaron una mirada de curiosidad a la sacerdotisa ante el comentario.

—Mi querida hermana, parece que te estás adaptando muy bien a tu nuevo rango de Baenre —comentó el mago con sarcasmo.

—¿Rango de Baenre? —replicó ella con sequedad.

—Siempre has sido una chica obediente —dijo Ravel—. No sólo con la Madre Matrona Zeerith. ¡Cuando Berellip hablaba, Saribel prestaba atención!

La sacerdotisa drow entrecerró los ojos, pero Ravel se limitó a soltar una sonora carcajada.

—La silenciosa y recatada Saribel —se burló el mago. Cuando vio que ella llevaba la mano a la empuñadura de su látigo, añadió—: Lenta con el látigo, pero fiel a su vocación.

—Berellip está muerta —repuso la sacerdotisa—. Y podría seguir con vida de no ser por la obsesión de Tiago con Drizt Do'Urden.

—¿Culpas a tu marido?

—O le halago —se rio Saribel—. En cualquier caso, no importa, porque la Casa Xorlarrin ha decidido cambiar de rumbo.

—Cambio con el que tú no estás de acuerdo, ¿no? —apuntó Ravel.

—¿Acaso tú sí? ¿Ya has olvidado que ibas a ser el archimago de la nueva ciudad de la Casa Xorlarrin? A fin de cuentas, fuiste tú quien nos condujo a las ruinas de Gauntlgrym. Pero las cosas no han salido como esperabas, ¿verdad? No, consideran que Tsabrak es más digno de esa posición que tú. Tsabrak, que fue bendecido con el poder de Lloth para realizar el Oscurecimiento. Tsabrak, sí, y no Ravel. La Madre Matrona Zeerith luchó por Tsabrak en sus negociaciones con la Madre Matrona Quenthel y ésta le concedió el puesto de Archimago de Q'Xorlarrin. A él. A Tsabrak. No a ti.

Ravel reconoció la verdad en las palabras de Saribel, haciendo una pequeña reverencia.

—¿No te sientes frustrado, querido hermano?

—Lo cierto es que prefiero Menzoberranzan —reconoció Ravel, y sonrió con malicia antes de añadir—: Prefiero los salones de la Casa Do'Urden.

La respuesta cogió por sorpresa a Saribel.

—¿Acaso a ti no te complace tu nueva posición, hermana? —preguntó Ravel.

—Soy una sacerdotisa de la Casa Baenre, la Suma Sacerdotisa de la Casa Do'Urden y mi marido es un prometedor joven noble, maestro de armas y nieto del gran Dantrag Baenre. Hace pocos meses, yo sólo era la hermana menor de Berellip Xorlarrin.

—¿Y la posibilidad de quedarte en Q'Xorlarrin? —insistió Ravel.

—Claro que había esperado ocupar algún puesto de importancia; quizá dirigiría la academia de la Madre Matrona Zeerith, si se molesta en construir una.

—Si la Madre Matrona Quenthel le permite construir una, querrás de-

cir —intervino Tos'un de forma inesperada. Los dos Xorlarrin se volvieron hacia él, asombrados. Pero era cierto. Tos'un se había limitado a decir en voz alta lo que todos sabían: Q'Xorlarrin jamás sería independiente. Siempre estaría sometida a Menzoberranzan y a los designios de su Consejo Rector, o lo que era lo mismo, a los de una Baenre.

—Y ahora eres una Baenre —señaló Ravel.

—No, soy una Do'Urden —le corrigió Saribel—. Suma Sacerdotisa de la Octava Casa de Menzoberranzan. Mi marido es el maestro de armas y tú, mi querido hermano, eres el Mago de la Casa.

—Pero debemos lealtad a la Casa Baenre, ¿no es así? —preguntó Ravel—. La Casa Do'Urden sobrevive sólo gracias a la protección de la madre matrona.

Saribel asintió y tanto ella como su hermano se volvieron hacia Tos'un para observar su reacción. No olvidaban que Tos'un no era un Xorlarrin, ni un Baenre. Tos'un pertenecía la Casa Barrison Del'Armgó, la Segunda Casa de Menzoberranzan y principal rival de la Casa Baenre.

Doum'wielle, consciente de lo que ocurría, también se volvió hacia su padre.

—Soy Do'Urden —se limitó a responder Tos'un.

—Al servicio de la Madre Matrona Mez'Barris, ¿no?

Tos'un se rio ante lo absurdo del comentario.

—No eres muy mayor, mago. Ni tampoco lo eres tú, sacerdotisa. No recordáis el primer asalto a la ciudadela de Mithril Hall, cuando la Madre Matrona Yvonnell Baenre fue aniquilada por el rey enano Bruenor. Cuando Uthegental, el maestro de armas más grande Menzoberranzan... —Se detuvo para sonreír con malicia y hacer una reverencia ante el deslíz—. Salvo que ese título haya que dárselo a Dantrag Baenre, como es natural —repuso, en referencia al abuelo de Tiago, que también había sido el rival más odiado de Uthegental—. Lo recuerdo a la perfección —siguió Tos'un—. La insensatez. La matanza. Acudimos y fuimos rechazados. Y huimos. Ésa fue la decisión que tomaron los que quedaron tras la muerte de la Madre Matrona Yvonnell. No la vengamos a ella, ni a Uthegental. No, huimos. Drizzt Do'Urden estaba allí. —El comentario acrecentó el interés de los Xorlarrin—. En Mithril Hall, luchando al lado del rey Bruenor, contra su propia gente. Así que los drow huyeron, y Mez'Barris tuvo mucho que ver en esa decisión; nunca se mostró muy favorable a esa guerra.

—Madre Matrona Mez'Barris —le enmendó Saribel, aunque su tono traslucía más curiosidad que irritación.

—Pero yo no me fui —se jactó Tos'un—. Me negué a marcharme. Y esperé con los míos y preparamos el terreno. Entonces fue cuando vimos la

oportunidad que nos brindaba el primer rey Obould y la aprovechamos, igual que hace ahora la Madre Matrona Quenthel, mucho más sabia que la anterior. ¡Y ved lo que hemos logrado, amigos! —Abrió los brazos—. ¡El reino de Muchas Flechas, donde los orcos campan a sus anchas y su número es infinito!

—¿Nos quieres convencer de que te preparabas para este día? ¿Es eso lo que intentas decir?

—Yo prepararé el campo de batalla —replicó Tos'un—. ¿Dudas de mí? ¿Cuentas con cien mil guerreros orcos a tu disposición y te atreves a dudar de mí?

—Entonces, te consideras un héroe de Menzoberranzan —le acusó Saribel.

—Me considero un Do'Urden —respondió él, encajando la acusación sin parpadear—. El patrón de la Casa Do'Urden, si me atengo a lo dicho por la madre matrona. Y estoy contento de serlo. Es posible que la Casa sea una recién llegada, pero ya contamos con un asiento en el Consejo Rector.

—Sometida a las exigencias de la Casa Baenre —repuso Saribel.

—Por el momento sí, con la Madre Matrona Darthiir —reconoció Tos'un—. Pero considera el inmenso talento con el que cuenta la Casa. Y sus alianzas, en especial con la Casa Baenre. Y la gloria que alcanzamos con cada victoria lograda en esta tierra, una tierra que conozco mejor que cualquier drow. Por no hablar de nuestros lazos con Q'Xorlarrin. Dos hijos de Zeerith ostentan posiciones de poder en la nueva Casa. Y aún hay más —añadió, señalando hacia la sala que acababan de abandonar—. Entre los nuestros tenemos a Tiago, un noble Baenre con ambición y talento, emparentado con la madre matrona y favorecido por ésta. Es bueno ser un Do'Urden.

Se calló para permitir a los otros asimilar sus sorprendentes declaraciones.

—Es posible que tengas razón... algún día en el futuro —repuso Ravel, al cabo de un largo silencio—. Por el momento, ser un Do'Urden significa estar atrapado en este lugar horrendo y sin techo, asolado por las ventiscas. Y es todavía peor ahora, que no podemos calentarnos con la sangre de nuestros enemigos, o escuchar sus gritos de agonía para alejar el hastío.

Tos'un y Saribel asintieron; el mago acababa de expresar lo que sentían ellos también.

—¿Cuántos años pasaste aquí? —preguntó Ravel a Tos'un, aunque era una pregunta retórica, más una expresión de incredulidad ante la idea de que alguien pudiera quedarse en un lugar así por su propia voluntad.

Tos'un no respondió.

Ravel comenzó a mirar a su alrededor como haría un animal enjaulado y se detuvo en Doum'wille.



—Me aburro —declaró—. Ven. —Le tendió una mano. La elfa dirigió una mirada confundida a su padre—. Dame placer —exigió Ravel con aspereza.

Doum'wielle se ruborizó ante la crudeza de la petición. Sin embargo, su revulsión inicial cedió al pensar en las opciones que se abrían ante ella. Ravel era el mago de la Casa Do'Urden, un hijo noble de la Casa Xorlarrin, amigo de Tiago y hermano y confidente de Saribel.

«¡Aprovecha la oportunidad», pensó Doum'wielle, u oyó en la cabeza. Las posibilidades de aceptar la propuesta y mejorar su posición entre los drow surgieron tentadoras; una idea disparatada, dada su condición, pero tentadora.

Miró a Ravel, quien le dedicó una sonrisa llena de lujuria. Luego consultó con la mirada a su atribulado padre. Tos'un se limitó a hacer un gesto para que aceptara la petición y fuese con Ravel.

Doum'wielle tendió una mano temblorosa hacia la mano del drow. Ravel la cogió y se la llevó a toda prisa.



—Mi hijo me cuenta que el señor de la guerra no está contento —le dijo el gran Arauthator a Tiago, cuando el drow se reunió con él en una cueva no muy lejos de Nesme.

—Hartusk siempre está enfadado por algo —respondió Tiago con desdén—. Así es esa bestia repugnante y por eso nos ha sido tan útil desde el principio. Me preocuparía que estuviese contento, y más ahora con esta tregua.

—Una tregua que él no quiere.

—Los deseos de Hartusk no importan. Hará lo que le digamos, u otro ocupará su lugar. —El drow soltó una breve carcajada—. De cualquier modo, su presencia es temporal. Estaremos aquí cuando él ya no esté.

—Yo sí que estaré —dijo el dragón—. Sobreviviré a todos. Cuando no seáis más que polvo, yo reclamaré esta tierra para mí.

—Hablaba de los años venideros, no de los siglos —repuso Tiago con sequedad.

—¿Años? Tu gente mide el tiempo por semanas, no por años. Sobrevivirás a Hartusk si lo asesinas; de lo contrario, el orco reclamará el reino de Muchas Flechas cuando los drow vuelvan a sus túneles en la oscuridad.

—Eso no ocurrirá.

—¡Ya está ocurriendo! —Su exclamación alborotó el pelo del drow y lo heló hasta los huesos—. No lo puedes negar. ¡La mayor parte de tu gente se ha marchado ya!

Tiago reflexionó antes de responder, viendo que el dragón se estaba alterando. No podía negar que la gran bestia tenía razón: sobre todo cuando

los drow de más alto rango, Gromph, la Madre Matrona Quenthel y Tsa-brak, llevaban tiempo sin aparecer por la superficie y tampoco se esperaba que lo hicieran. De pronto, se le ocurrió que si Arauthator se enfadaba, podía devorarlo para hacer patente su cólera ante la madre matrona y al archimago. Habían sido ellos los que habían convencido a los dragones de que participasen en la guerra; si Arauthator llegaba a la conclusión de que se habían limitado a aprovecharse de él, su reacción podría ser... trágica.

—Mi gente no está acostumbrada a este frío, gran dragón —explicó con calma—. ¡O a la nieve!

—Mi aliento es más frío aún —advirtió el dragón.

—Cierto. He podido comprobarlo cuando cabalgaba sobre ti —replicó Tiago con fingido entusiasmo.

—¿Niegas que el invierno ha hecho que los drow abandonen estas tierras y la guerra?

—¡En absoluto! —Tiago se volvió para señalar hacia Nesme, desde donde ascendía el humo de las chimeneas, visible sobre las colinas—. Hay cuatro nobles drow pasando el invierno en Nesme, donde ostento el título de duque.

—Cuatro —murmuró el dragón, poco impresionado.

—Ravel de Q'Xorlarrin, ciudad hermana con Menzoberranzan —expuso Tiago—. Noble hijo de la Madre Matrona Zeerith, quien rige Q'Xorlarrin. Tos'un de la Casa Barrison Del'Armgo, Segunda Casa de Menzoberranzan, y la princesa Saribel, que es Baenre y Xorlarrin.

—Y también Tiago, quien ya no es Baenre —señaló el astuto dragón—. Ahora todos pertenecéis a esa Casa menor, ¿no es así? ¡Sólo puedes hablar en nombre de Do'Urden! ¡No te corresponde hacerlo en nombre de Baenre, ni Barrison Del'Armgo, ni tampoco de la Casa Xorlarrin!

Tiago observó al gran dragón. Era evidente que Arauthator había estado haciendo indagaciones.

—¿Casa menor? —preguntó con desdén.

—¿Qué posición ocupa Do'Urden entre las Casas de Menzoberranzan? ¿Dónde están los líderes drow?

—Yo soy el líder drow de esta guerra; no cuestiones la importancia de la recién creada Casa Do'Urden. Una Casa nombrada así a propósito para desacreditar al renegado que recorre de nuevo estas tierras.

—¿Otra vez él? —preguntó Arauthator, que no parecía especialmente impresionado.

—No menosprecies a Drizzt Do'Urden, mi gran amigo. Es uno de esos molestos héroes cuyo nombre entonan los bardos mientras recorren las tabernas de Faerun. Estoy seguro de que vosotros, los dragones, habéis topado con los de su clase. Es el tipo de héroe que derroca a los reyes tiránicos.

Arauthator comenzó a gruñir, sabiendo lo que venía a continuación, aunque eso no detuvo al drow.

—El tipo de héroe que mata dragones —concluyó Tiago, sin hacer caso de los gruñidos de Arauthator.

Durante un momento, se miraron el uno al otro sin pronunciar palabra.

—Hay más drow aquí de los que ves —aseguró Tiago, rompiendo el silencio—. En los túneles de la Antípoda Oscura Superior de la Marca Argéntea, vigilando a los enanos para que no puedan abandonar sus madrigueras. La caída de Nesme es un buen logro y que Sundabar ya no exista es aun mejor. ¡Y lo mejor de todo será cuando aplastemos Luna Plateada!

—Devoraré a todos los supervivientes de esa maldita ciudad —prometió el dragón, recordando las veces en que sus ataques a la poderosa fortaleza mágica habían sido repelidos gracias al talento de sus magos.

—El botín de estas ciudades es prometedor, sin duda. Esclavos y tesoros, pero conseguir los mejores esclavos y los tesoros más valiosos no resultará tan sencillo.

—Los enanos —concluyó Arauthator.

—Exacto. Los humanos y elfos de la Marca Argéntea no suponen una gran amenaza para los drow. ¡Si alguna vez se les ocurriese marchar contra Menzoberranzan, serían aplastados antes de poder acercarse a nuestras lindes! Pero los enanos... Mi gente no está dispuesta a que prosperen en la Marca Argéntea como han hecho hasta ahora. Cuando los enanos prosperan, cavan a mayor profundidad y a mayor profundidad molestan a mi gente.

»Los drow ocupamos los túneles alrededor de Mithril Hall, Felbarr y Adbar —le aseguró al dragón—. Mi gente combate contra los enanos a diario, los obligan a quedarse en sus agujeros e impide que puedan aprovisionarse. Al final, tendrán que salir al exterior, y será entonces cuando alcancemos nuestra mayor victoria y Arauthator obtendrá tesoros sin igual para su guarida.

El dragón volvió a gruñir, pero en esta ocasión de satisfacción. Sin embargo, como solía ocurrir con las criaturas de su especie, la alegría de Arauthator fue breve.

—No os quedaréis. El gran mago y la madre matrona se han marchado, y el resto los seguiréis tarde o temprano. Si estos enanos tuviesen la importancia que les das, Gromph se habría quedado. Su poder deja en ridículo el que tú posees.

El drow frunció el ceño.

—¡No os quedaréis! —insistió el dragón.

—Es posible que no lo hagamos —reconoció al final Tiago—, pero nuestra huella permanecerá para siempre.

—Vuestra cicatriz, querrás decir.

—Como quieras. Pero es una cicatriz que nos beneficia a ambos. Gromph definió con claridad los términos de nuestro acuerdo y estamos dispuestos a respetarlos. Piénsalo, Antigua Muerte Blanca, mi gente hace planes a largo plazo, pero los orcos son un hatajo de imbéciles que se deja llevar por sus instintos más primarios. Es posible que Hartusk y los suyos se atengan a lo prometido, pero otros ocultarán los tesoros antes que entregártelos. Conoces bien a los orcos y sabes que lo que digo es la verdad.

—Y sé también que los drow son más astutos cuando se trata de engañar.

—Pero somos más sabios, lo bastante para saber que el engaño nos perjudicaría —repuso Tiago—. No queremos los tesoros que buscas. Nuestra meta no es la riqueza; queremos poder. Poder para Lady Lloth, al igual que tú buscas...

Se detuvo con una sonrisa cómplice. Sabía que el dragón estaba pensando en el trato que había cerrado con Gromph y la Madre Matrona Quenthel. Arauthator y su hijo se sumaron a la guerra por los tesoros, pero no sólo para acumularlos. No, los dragones cromáticos querían el oro y las gemas para preparar la llegada de su diosa del caos.

—Os estoy haciendo un favor, ¿no es así? —dijo el dragón.

Tiago asintió con una sonrisa.

—¿Has observado algún movimiento alrededor de Mithril Hall?

—Sólo los orcos —contestó el dragón, quien se había dedicado a vigilar Mithril Hall desde el cielo a petición de Tiago—. Y una legión de gigantes con sus máquinas de guerra acampada sobre la loma entre la entrada occidental y el lugar al que llaman Valle del Guardián. Hay cientos de orcos cerca del gran puente sobre el Surbrin. Si los enanos intentan salir por éste, hundirán el puente.

—¿Volabas a gran altura? ¿Fuera de la vista de los orcos y los gigantes? —quiso saber Tiago.

—Sí, tal y como me indicaste.

—Vuela más bajo la próxima vez, si no te importa. Busca sus chimeneas y miradores espía —explicó Tiago ante la fija mirada del otro—. Busca zonas en las montañas donde podamos enviar a nuestros espías.

—Los enanos no son estúpidos, drow —repuso el dragón—. Ocultan sus chimeneas en desfiladeros y precipicios, en las profundidades de cuevas oscuras. Volaré más bajo, como deseas, pero tú vendrás conmigo.

Era una orden, no era una sugerencia. Si Tiago no le acompañaba, el dragón se negaría a hacer de diana para los posibles proyectiles de fuego o la magia de los enanos, al sobrevolar la montaña que alojaba Mithril Hall. No, sólo lo haría si Tiago corría el mismo riesgo.

Tiago aceptó la condición del dragón y pensó que le pediría a Ravel que fuese con ellos. El mago podía protegerlo contra los vientos helados que lo azotarían cuando cabalgase sobre el dragón, y quizá su magia sirviese para desvelar más secretos de los astutos habitantes de Mithril Hall.

La parte más complicada sería convencer a Hartusk para que retirase a los gigantes y los orcos de la zona. A pesar de lo que le había dicho a Arauthator, los drow de la Antípoda Oscura Superior no estaban complicando en exceso la vida a los enanos de Mithril Hall. De las tres ciudadelas enanas, ésta era la más autosuficiente.

Quizá los enanos pudieran resistir indefinidamente, y eso era algo que Tiago no estaba dispuesto a consentir.

Y menos cuando su estancia en la superficie podría estar llegando a su fin.

Y menos aún cuando Drizzt Do'Urden se hallaba en ese agujero con los enanos.



Doum'wuelle estaba acostada en la cama de sus aposentos con los ojos clavados en el techo. Tenía lágrimas en los ojos, aunque no por el dolor que sentía en la mandíbula. Muchos varones drow solían comportarse así. Frustrados por el servilismo al que los sometían las hembras drow, abusaban de las hembras de otras razas, como Doum'wuelle, a las que consideraban despojos.

Despojo. *Iblith*, en su lengua.

Aunque ella también pertenecía por decreto a la Casa Do'Urden, siempre sería una *ibllith*, o peor todavía, una *darthiir*.

Pensó en su madre, en el Bosque Refulgente. Sinnafein era reina de los elfos y Doum'wuelle había sido una princesa.

Ahora era un despojo.

Pensó en su hermano y las lágrimas le cayeron sin freno. Recordó la extraña expresión de su padre cuando Ravel le había exigido que fuese con él, y en ese momento, intentó descifrarla.

Esperaba que la intención de Ravel de abusar de ella hubiera despertado la indignación de Tos'un, pero al recordar su expresión, Doum'wuelle no pudo evitar notar cierto anhelo. Al principio había pensado que esa mirada obedecía a sus ganas de agredir a Ravel por insultar a su hija. Pero en ese momento, se le ocurrió otra posibilidad, mucho más inquietante.

¿Y si era ambición y no despecho? ¿Y si al entregarla a Ravel, o a cualquier otro elfo oscuro importante de la Casa Do'Urden, su padre sólo pensaba en la posibilidad de cimentar su posición dentro de la Casa? A fin de

cuentas, él era un Barrison Del'Armgo, pertenecía a una familia enemistada con las Casas de Baenre y Xorlarrin. Su posición en la Casa Do'Urden era delicada debido a la presencia de Tiago, Saribel y Ravel.

Y entonces fue cuando todo cobró sentido. La intención de Ravel no había sido saciar sus instintos carnales, ni lo había hecho movido por el aburrimiento. Su principal intención había sido poner a prueba la lealtad de Tos'un.

Tos'un ya la había alertado sobre las pruebas a las que tendrían que enfrentarse; no había mencionado nada tan concreto como lo que acababa de pasar, claro, pero sí que las costumbres de los drow diferían mucho de las de los elfos del bosque. En el Bosque Refulgente, la sensualidad y el sexo eran grandes regalos, a menudo compartidos, pero nunca forzados u obligados.

Durante unos momentos, Doum'wielle sintió el peso de todo lo que había hecho como si la cubrieran las correosas alas de Arauthator. Se contempló las manos, casi esperando vérselas manchadas con la sangre de Tierflin. Añoraba a su madre y casi la llamó en voz alta.

Casi. Porque el momento pasó, vencido por una voz que la reconfortó con la promesa de un futuro mejor.

Doum'wielle abandonó la cama y fue descalza hasta la silla de la que colgaba el cinturón de la espada.

Buscó el consuelo de su espada viviente.



—Te estás impacientando —le dijo Arauthator a Tiago, unos días más tarde. Los dos habían dado con otra cueva, una profunda hendidura en realidad, en la montaña conocida por el nombre de Cuartopico. No parecía gran cosa, apenas una grieta en las rocas. Pero el agudo olfato de Arauthator había detectado el olor del humo. El dragón había separado las piedras y Tiago se había metido entre ellas para localizar la chimenea oculta.

El drow no negó el comentario del dragón.

—¿No detectas movimientos? —preguntó Tiago.

—La montaña está tranquila.

—Sella la chimenea —le dijo Tiago al poderoso dragón, y retrocedió rápidamente.

Arauthator examinó la chimenea, calculando su resistencia, o en ese caso, su falta de ella.

—Sube a mi lomo, joven Baenre —dijo, y se agachó ante el drow, para que éste alcanzara la silla de montar.

Con Tiago acomodado, el dragón sopló su mortal aliento helado al inte-

rior de la grieta y la selló con una gruesa capa de hielo. El dragón sabía que el hielo acabaría derritiéndose a causa del calor que ascendía desde las entrañas de la montaña, por lo que la bestia se abalanzó sobre la ladera, y con las garras y las enormes alas, cubrió la grieta con grandes peñascos. El dragón saltó sobre las rocas para afianzarlas, y lo que había sido una grieta, se convirtió en un sólido montón de piedra.

¡Qué los enanos se asfixiaran con su propio humo!

—Bien hecho, amigo mío —le felicitó Tiago.

—Cuentan con cien chimeneas más alrededor de la montaña —respondió el dragón—. Les causaremos molestias, pero el humo no será bastante para hacerlos salir.

Tiago asintió. Desde lo alto de su montura, el drow contempló los campamentos de orcos y goblins al pie de la montaña y las filas de los gigantes con sus máquinas de guerra en el Valle del Guardián.

—Volemos a Sundabar —pidió el drow.

—La Fortaleza de Hartusk, querrás decir —repuso el dragón con ironía. No se le escapaba que el nuevo nombre de la ciudad había servido para aplacar al estúpido líder orco.

A pesar de sus temores de que los enanos sobrevivirían a sus intentos de asalto, Tiago irrumpió en carcajadas.

El dragón se dejó caer desde la ladera y extendió las alas, aprovechando las corrientes de aire ascendentes. Se dirigió al este. Había llegado la hora de convencer al señor de la guerra de lo que tenía que hacer.